

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO. 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Cantigas a Santuarios extremeños	<i>Enrique Segura Covarsi.</i>
Avisos	«Prudens».
Trópico	<i>Pompeyo Cruz.</i>
Del pasado próximo cacereño: Bajo el signo del cometa Halley (1910)	<i>Miguel Muñoz de San Pedro.</i>
Ideario Extremeño	<i>Micael de Carvajal.</i>
Inclinar la cabeza sobre el pecho.....	<i>Jesús Delgado.</i>
La vida madrileña a fines del siglo XIX (IV) ...	<i>Eduardo H. Pacheco.</i>
Primavera.....	<i>Alberto Oliart y Saussols.</i>
Filosofía de la seguridad social: «El hombre» y «La Seguridad Social»	<i>Crescencio Rubio Sáez.</i>
Trascendido amor	<i>Antonio Zoido.</i>
Un extremeño de cuerpo entero: El formidable polemista Juan Pablo Forner	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
La Esperanza	<i>Julio Muriel Solano.</i>
El advenimiento de la desolación	<i>Francisco Montes Bravo.</i>
Melodía: Vespéral	«Amenofis».
Crítica sin hiel.....	<i>Un Aprendiz de Hablista.</i>
El amor vino hasta mí.....	<i>Maria Blasco.</i>
Mirador: Crónica.....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas	<i>C. R.</i>
Concurso Nacional de Autores Noveles de Teatro y Premio «Fernando el Católico».....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos Instituto Amatller de Arte Hispánico, Javier y Mestre.</i>
Láminas.....	

ALCANTARA

AÑO VII

31 MARZO 1951

Núm. 41

CANTIGAS A SANTUARIOS EXTREMEÑOS

Las Cantigas del rey Sabio son composiciones lírico-narrativas en homenaje a la Virgen María; en unas, predomina el sentimiento lírico, se llaman de loor a Nuestra Señora; en otras, se narra algún milagro sucedido por intercesión de la *Madre de Dios*, y localizado en un Santuario.

Las Cantigas están elaboradas siguiendo el mismo procedimiento utilizado por los autores del mester de clerecía, al componer sus vidas de santos o narrar los milagros de la Virgen, es decir, el relato se apoya en documentos escritos, bien sean legendarios latinos de la Edad Media, o en narraciones latinas de las selecciones de milagros formados en santuarios famosos, ya en repertorios en lengua romance del siglo XIII, ya en tradiciones y consejos orales. Pocas veces, el autor hace galas de originalidad. Berceo no gustaba consignar datos que faltaban en el manuscrito original. Alfonso X, a veces, relata impresiones y recuerdos de su propia historia.

En general la literatura mariana, tan abundante en la Edad Media, se repite con frecuencia; distintas colecciones de milagros muchas veces coinciden, la causa no es otra que la comunidad de fuentes.

En Berceo de una manera concreta, y en general en los autores del mester de clerecía, se han señalado fórmulas expresivas como reminiscencias juglarescas. Aun más frecuentes son estos giros de las Cantigas del rey Sabio, cuyo medio de difusión habían de ser los juglares; ya Alfonso X expresa con nitidez que para ellos los compone:

«et decto cantar fezemos
que cantasen os joçrares» (Cant. 172)

Estas fórmulas juglarescas abundan en Cantigas. En ellas, unas veces, se anuncia al auditorio la bondad del milagro que se propone relatar

«...Et d' esto quer eu contar
un mui bon miragre, assi Deus m'aiude». (Cant. 223)

con frecuencia al mismo tiempo señala el lugar en donde se verificó el milagro:

«Et d'aquesta razón vos contarei
un gran miragre... que fer húa vez
en Tudia..... Cant. 325)

o también

«E poren vos direi ora
un miragre que a feito
en Terena esta Virgen. (Cant. 333)

Es frecuente dirigirse al público que escucha estas canciones, para llamar su atención.

«Et d' est' un mui gran miragre
darei, et ben m' ascuitade,»... (Cant. 334)

¿Cómo se elaborarían las Cantigas? Ya hemos indicado que el tema lo tomaría Alfonso X el Sabio de las colecciones marianas medievales escritas con anterioridad. En una miniatura que adorna un códice de estas composiciones, tenemos una muestra gráfica de la Corte en un momento íntimo de trabajo literario. En medio de una estancia adornada con detalles del gótico primitivo, aparece el Rey sentado en su escaño; ocupa la parte central del tríptico que representa la policroma miniatura; acompañan al monarca, que sostiene en sus manos un libro abierto, los escribas sentados en el suelo a sus pies; el oído y sus plumas están pendientes de la palabra del Rey que dicta, con voz pausada y cálida—así al menos la oímos nosotros—el texto de una cantiga: un poco más apartados, ocupando el cuerpo de la derecha del tríptico se ven varios clérigos coronados, que repasan antiguos libros de relatos marianos para informar al Rey con su erudición; en el cuerpo de la izquierda están los juglares templando sus vihuelas, o tañéndolas con el arco o la pluma para crear la música que ha de acompañar a la cantiga. Porque Alfonso X se vanagloria con frecuencia de escribir poesías originales con música también por él creada.

«D'esto direi uun miragre
que en Tudio avêo,
et porrey-o con os outros
ond' un gran livro é chêo
de que fiz cantiga nova
con son meu.....» (Cant. 347)

Resulta poético y agradable imaginarse la corte de Alfonso X el Sabio, poblada de juglares de distinta procedencia y menester: juglares y segreres galaicos entonando sus delicadas canciones de amor o sus melosas cantigas de amigos, los trovadores provenzales con sus tenzones, sus baladas campesinas con la pastora que encubre a empingorotada dama que cuenta al lucido papagayo sus cui-

tas amarosas; en rudo contraste aparecerían los juglares castellanos relatando las gestas heroicas para fortalecer el ánimo de los guerreros cortesanos, y que escucharían con deleite y atención los sesudos cronistas de la corte para incorporarlas, prosificadas, a la historia nacional en los mejores folios de la *Crónica de España* entonces comenzada a escribir.

Allí atraídas por las delicias de la corte y sus liviandades aparecerían las desgarradas soldaderas de fama más escandalosa y otras cantaderas más modestas que entonaban las cantigas al son de las dulces violas, de los trémulos y melancólicos sonos de la vihuela. También irrumpirían en palacios con atronadora algazara los juglares mozos y judíos y bandas de tromperos y tamboreros.

No solo acudían los juglares, troteras y danzaderas a la Corte por el gusto de disfrutar posibles placeres, sino por cobrar su soldada, ya en dinero, en especie u otras formas, como aquel juglar llamado Rodrigo Arias que recibió de Sancho IV, en el 1284, el tercio del arrendamiento de la taurería de Badajoz.

Los juglares, con el cartapacio de su repertorio en bandolera, recorriendo los caminos frecuentados por romeros, cantarían acompañados de sus instrumentos musicales las Cantigas del Rey Sabio. En las romerías sonaban los nombres de los santuarios extranjeros y nacionales de mayor fama: Rocamador, situado sobre una escarpada y gigantesca roca, en medio de la antigua provincia de Quercy; el Santuario de Santa María de Chartres, el de Arras etc. En España el santuario de Santa María de Vila-Sirga emplazado en Villacazar de Sirga, en la provincia de Palencia, que fué en otros tiempos iglesia de los Templarios; el de Santa María de Oña, el de Monserrat, el de Atocha, del Viso del Puerto y el de Santa María de Tudia y el de Terena.

La sierra de Tudia es una estribación, la más septentrional, de Sierra Morena. Sus primeras elevaciones tienen sus faldas cubiertas de encinas, en las cúspides abundan los robledales y el monte bajo de romero, jaras y cantueso. Forma límites con la provincia de Huelva y Badajoz.

Esta serranía extremeña perteneció durante algún tiempo a la Orden de Calatrava; sus caballeros erigieron allí dos santuarios: uno de ellos, llamado del Humilladero, oculta hoy sus ruinas entre canchales y madroñeras. El otro, con la evocación de Nuestra Señora de Tudia o Tentudia, fué más notable y según referencia del Madoz «disfrutó de pingües rentas y tuvo dos capellanes de residencia fija».

En la fragosidad de esta sierra, rompiendo el silencio agreste de la montaña, juglares y romeros todos los años el 25 de Abril y el 8 de Septiembre, fechas en que se celebran las fiestas de la Virgen de Tudia, cantan estas tonadas en que se ensalza la obra milagrosa de la Virgen.

Terena es una villa portuguesa situada en la región del Alentejo, vecina al río Lucefece, en la margen del Guadiana; los guijos y las aguas de este río repiten en su cansino repasar las cantigas que na-

rran los milagros de Santa María de Terena (1) que compuso en su loor el trovador real de la Virgen.

Estos dos santuarios, el de Tudía o Tentudia y el de Terena o Telena, aparecen con frecuencia mencionados por el Sabio y a ellos dedicó varias cantigas de argumentos diversos; pero en todos ellos se realiza la obra milagrosa de estas vírgenes, serrana la una, y ribereña la otra.

Los milagros que recogen *Las Cantigas* son sencillos, unas veces la Virgen de Tentudia sanciona a los culpables de malas acciones, sobre tono al pecado de robar en sagrado. Una cantiga recordaba el ejemplar castigo impuesto a unos ladrones de colmenas donadas por los fieles devotos del santuario.

«E ladroes hua noit ant'a luz
furtaron-as todas et forons' én,
assí que nen envergonnaron ren
e ela nen o que morreu na cruz

Un caballero que era justicia de aquellas tierras, enterado de la felonía los persigue con denuedo hasta que topó con ellos que estaban escondidos (nos dice el Rey Sabio con toda la ingenuidad de un pintor primitivo), como se oculta el conejo o el ratón:

«E él mesmo non foy y de dur
en pos eles, buscando-os assaz,
ata que os viú jazer como jaz
o coello ascondud ou o mur»

(1) El santuario de Nuestra Señora de Telena está situado en la vega de Guadiana, río abajo, a la margen derecha camino de la raya portuguesa. Es una vega árida, sin arboleda; tierra de pastos y leves repechos, en donde se afana el arado por abrir surcos. En verano, cuando he recorrido esta llanura en busca de los restos de la ermita de Telena, abrasa la tierra y los pastizales repletos de cardos borriquenos, a las pisadas, crujen. Regatos y riberas, como costillares del río, cortan la lisura del paisaje, y los fresnos y álamos negros verdean en estos campos pajizos, junto a las breves alamedas de eucaliptus que parecen rebaños amedrentados por el sol.

Al otro lado del río hacia Elvas, se distinguen blancos caseríos. Por la vía de Albalá que orillea el cauce, hemos llegado al cortijo de Telena, en la colina más dominante del contorno, rodeada por el sediento lecho del Lucefece.

Hoy Telena es una mansión señorial y almenada, castillo de finas líneas, en cuya fábrica se utilizaron los restos del antiguo santuario: el atrio y la sacristía de techo de bóveda y sutiles nervios de piedra; la nave central mantiene sus tres arcos rebajados; el resto es de edificación más reciente. A la espalda, entre los aleros nuevos, se afana por destacarse el antiguo campanario. Almenas y campanario se recortan en el cielo con una intensa evocación histórica. Como en las Cantigas, olores a incienso y ruidos de entrechocar de armas cristianas y moras...

Delante del Castillo-Iglesia de Telena un jardín monástico cuyo crucero de altos y negros cipreses oculta variados macizos de rosales. El dueño del predio, D. Manuel Albarrán, cuida con gusto este rincón recoleto para sus lecturas y sus flores. Allí pasé un atardecer soñando en los milagros de la Virgen de Telena ya olvidado por la inconstancia humana y por la saña destructiva de los hombres, cegados por las pasiones bélicas.

Pronto el caballero los prendió llevándoselos atados, codo con codo, sin esperar a mañana:

«...entou manaman
es prenden, que non atendeu a cras».

Esta ingenuidad de los detalles narrativos, es lo que más nos cautiva de las canciones de Alfonso X.

Abundan también las cantigas de caracteres moriscos, como aquella en donde se pena otro hurto en sagrado. Era en aquellos tiempos en que los árabes hacían algaras por tierra de cristianos; en una de estas correrías depositaron los sarracenos, ante el altar de la Virgen de Tudía, el dinero y las alhajas producto de la rafia. Uno de los moros se hizo el remolón con ánimo de apoderarse de estas riquezas, pero al intentar la sustracción de estos bienes se vió privado de la vista que solo recobró cuando, advertida su intención por los compañeros, volvió a depositar las joyas ante el altar de la Virgen.

Igual carácter morisco ofrece aquel otro milagro de la Virgen amante de la paz, quien en su presencia evita todo derramamiento de sangre. Una vez canta este trovador de la Virgen, acamparon en las afueras de su templo dos huestes enemigas de moros la una y cristianos la otra. Nuestra Señora hizo que estas mesnadas, a pesar de su proximidad, no se advirtiesen y así evitó una lucha segura y sangrienta.

Otros milagros se refieren al tema de cautivos. Había dos cristianas cautivas de una mala mora quien les ofreció, para que pudieran librarse del cautiverio, dejar su religión dándoles tierras y maridos moros muy ricos o un cruel suplicio si perseveraban en su fe cristiana. Una de las doncellas temerosa del castigo acepta el ofrecimiento, mas la otra moza, arriscada, se niega a adorar de sus creencias. Encerrada en dura cárcel esperando el martirio, se ve invadida por una especie de sopor y como en sueños, se le aparece la Virgen que le muestra el camino para regresar a tierra de cristianos. Lo que ella creyó vigilia no lo fué y así se encuentra en una hermosa villa por encima de cuyos tejados aparecen varias espadañas de otras tantas iglesias. La moza rebosaba de contento, sólo la entristecía el no poder librar su cuello de la argolla de cautiva. Pidió ayuda a los vecinos de la villa para poder ir a Tudía para dar gracias a la Virgen de quien era ferviente devota, y, tan pronto pisó el umbral de la iglesia, se le desprendió del cuello la argolla del cautiverio. Todos los presentes admirando el milagro entonaron loores infinitos a la Virgen.

Al convento de Tentudia los fieles cuitados, en momentos de angustias, llegaban presurosos para invocar la protección de la madre de Dios, que tenía poder infinito para enjugar sus lágrimas. Una devota de la Virgen tuvo la desgracia de que muriera su hijo tanto tiempo esperado, pero Nuestra Señora le devolvió la vida a pesar de llevar cuatro días encerrado en el ataúd:

«A Madre de Jhesu-Cristo
o verdadeiro Messías.
pode resorgir o morto
de mui mais ca quatro días».

Alfonso X quiere narrar un nuevo milagro y comienza su cantiga hablándonos de la situación del convento o santuario de Nuestra Señora de Terena:

«en riba d' Agüadiana
á un logar mui' onrado
et Terena chaman

y D. Juan Solano de Figueroa en su «Historia Eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz», nos dá interesantes noticias de Terena o Telená. Al hablar de este obispado trata de su jurisdicción eclesiástica en tiempos de Felipe II, a veces hace referencias históricas anteriores.

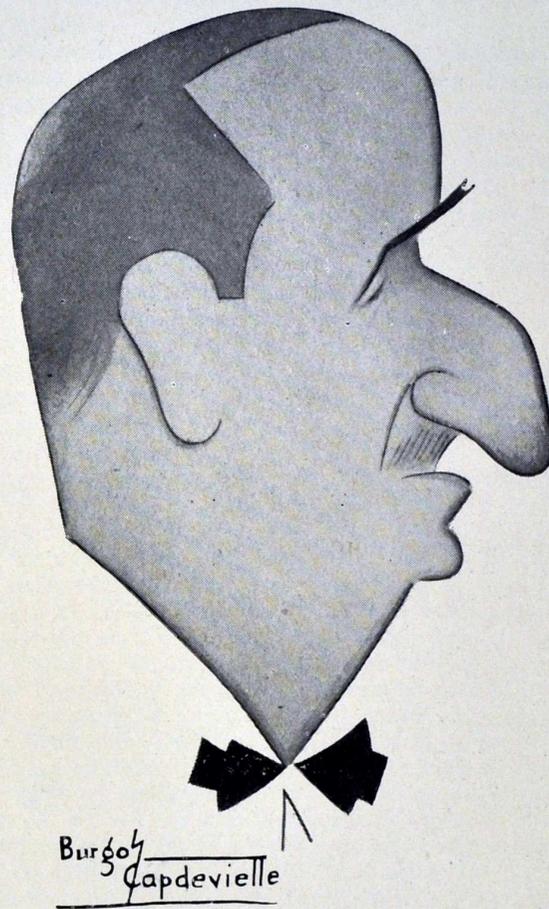
Eran los tiempos en que Portugal y Cataluña se sublevaron frente al poder central. Badajoz se vió de repente asustada e inquieta y llena de militares; prevenciones para acudir a la defensa de su Rey con la nueva guerra de Portugal. Extremadura alteró su fisonomía, pues había de ser broquel anticipado en recibir los primeros golpes. Dice Solano: «Badajoz, como plaza de mayores consecuencias y más vecina a la de Yelves (Elvas) en Portugal, fué la que estrenó las armas y la que dió principio a la defensa». Sus calles se animaron con soldados nacionales y extranjeros, lucieron las banderas y en sus campos resonaron los estruendos militares». «El enemigo entró en nuestra Provincia y sus armas, ayudados por nuestra desprevenición, derrotaron algunos lugares y saquearon otros...

Entre los lugares que componían el Obispado de Badajoz se encuentra Terena o Telená. Siempre fué Telená suburbio y arrabal de la ciudad. Está sobre Guadiana una legua de Badajoz a su medio día». Los portugueses no dejaron de ella en la guerra sino el nombre. «Fué su ruina, y la de su iglesia, y hermitas, un lunes, quatro de agosto de mil seiscientos y quarenta y tres, fué su natural el siervo de Dios Fray Domingo de Telená, descalzo de la Providencia de San Gabriel, de cuyas virtudes trata su coronica al folº 177».

En tiempos anteriores el santuario de Santa María de Terena fué muy venerado y con reputación de muy milagrero. Así lo afirma Alfonso el Sabio infinidad de veces en sus Cantigas:

«logar mui sant, atificado,
ú muitos mirágres faz»

Son varias las canciones de Alfonso X en donde se cuentan milagros de la Virgen de Terena. Se repiten, algunas veces, los mismos temas. Si antes la Virgen de Tentudía impidió la lucha de moros y cristianos en torno a su ermita, ahora la de Terena no consiente que



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Tomás Murillo Iglesias

varios grupos de romeros en su santuario, porque entre ellos sembró la cizaña el demonio, lleguen a las manos.

La intervención del demonio es frecuente en muchas narraciones milagrosas, a él se le atribuye todos los males aun las afecciones del cuerpo. El caso de los endemoniados—pese a Feijóo—abundan en las cantigas reales:

En Combre vivía un rico labrador con la holgura que le proporcionan sus nutridos rebaños y sus copiosas mieses. Tenía al menos—que nosotros sepamos—dos hijos. Uno de ellos se vió endemoniado y su cuerpo, cuando llevaba al pastoreo sus ganados, sufría horribles convulsiones; un día le aquejó el mal tan fuerte que murió ahogado. Sus padres entristecidos lloraban su muerte. Conocía su hermano la promesa hecha por el difunto de ir en peregrinación al Santuario de Santa María de Terena, ofrecimiento que en vida no pudo cumplir. En reparo de esta falta se prestó su hermano a llevar a cabo la visita a la Virgen de Terena, a la que rogó que intercediera ante el Señor para que perdonase la culpa de su hermano. A la Virgen le ofreció los diez cerdos más hermosos de su piara. La Virgen con su piedad y misericordia infinita, no sólo perdonó al difunto sino que le devolvió la vida sobre todo más que para demostrar su ascendencia ante Dios para confirmar su poder ante la presuntuosa potencia del demonio. (Cant. 197).

En otro milagro el protagonista vive en un castillo fronterizo cerca de *Jerez de Badallonce*, nombre que constituye un valioso testimonio para confirmar la tesis de Solano de Figueroa cuando dice: «xerez de los cavalleros llaman a esta noble población, y aunque la calidad de sus moradores pudo motivar el apellido, como quieren algunos, o el verla ser de la Orden y cavallería de Santiago, como escriben otros; pero más cierto, por aver sido de los cavalleros templarios, como se dirá en esta Historia en su propio lugar, en las Historias de España, y en muchas escrituras que he visto, se intitula Xerez de Badajoz, o serez cerca de Badajoz, para diferenciarla de la otra Xerez de Andalucía, que llaman de la frontera».

Pues bien, en un castillo fronterizo cerca de Jerez de Badajoz vivió en otros tiempos un peletero, que no cumplía con el precepto de guardar las fuestas, ni aun siquiera las de la Virgen, pues en su día adobaba y trabajaba las pieles. Una vez que estaba intentando coser pieles mientras las enderezaba se metió en la boca las agujas y por descuido y mala fortuna una de ellas se le quedó atravesada en la garganta:

«ca os que o demo serven
an d' él taes galardoes»

Pasó algún tiempo y el peletero se le inflamó el gáznate y amartó el rostro perdiendo el habla:

«demaís inchou-ll' a garganta,
assi que perdeu a fala»

et tornou-ll' o rostro negro
muito mais que os carvoes».

Se hizo conducir al Santuario de Terena y postrado ante la Virgen lloraba desconsolado ofreciendo por su cura piadosas promesas. La Virgen compadecida hizo que le sobreviniese un acceso de tos para que así arrojase, junto a un trozo de carne sanguinolenta, la aguja que lo estaba ahogando.

Ahora sitúa al personaje objeto del milagro, en la antigua ciudad fronteriza y amurallada de Elvas. Allí vivía un trajinante llamado D. Tomé, del producto que sacaba a su recua transportando vino y grano. Era muy devoto de la virgen. Tenía una mujer que le engañaba:

«ca ela mui mais a outros
ca non a él amaua
et poren quando podía
era-lle mui tortíceyra».

Cuando el marido salía con frecuencia a vender sus mercancías y se ausentaba de la casa, su mujer acostumbraba a no estar sola, y, como mala que era, buscaba nueva compañía. Haciendo semejante vida la encontraron una noche muerta y sospecharon que su marido, en secreto y castigo, le había dado muerte. Persiguieronle las autoridades y los parientes de su mujer. Huyó D. Tomé a Badajoz ciudad situada al otro lado de la frontera, refugio de perseguidos políticos, contrabandistas y delincuentes o simplemente temerosos de cualquier contrariedad que pudiera costarle la vida, como nuestro trajinero D. Tomé.

Prometió ir como romero al santuario de Santa María de Terena para invocar la piedad de la Virgen y que pusiese en claro su inocencia; escuchó nuestra señora la súplica y lo protegió y aunque el diablo quiso enredar las cosas fué finalmente desenmascarado y los parientes de su mujer le rogaron que los perdonase por su equivocada e injusta persecución.

La Virgen del santuario de Terena realizaba toda clase de milagros, pero el curar las dolencias corporales, sobre todo el mal de rabia, gozaba de su predilección: Así ocurrió una vez con una joven que enfermó de tal rabia, que sus padres acongojados no sabían que hacer con ella, pues ningún remedio le curaba, ni hierbas, ni encantamientos. Enterada su madre del poder milagroso de la Virgen de Terena hacia allí se encaminó con su hija, invocando durante el camino el nombre de la Virgen y su gran misericordia. Tan pronto llegaron al santuario, oídos sus ruegos y súplicas pronto la niña quedó sana.

Otra vez fueron dos frailes los atacados del mal de rabia, pero de tal forma que mordían como perros fieros que guardan el corral:

«...; mas foilles atal mal prender

de ravia, que se fillavan a morder
como can bravo que guarda corral»

Sanaron los dos clérigos tan pronto divisaron, aun lejano, el santuario de Terena.

Estos términos comparativos «morder como can bravo que guarda corral» y otros semejantes son los detalles sencillos llenos de primitiva candidez que tanto nos gusta saborear en la lectura de las Cantigas. Esta ingenua sencillez, a veces envuelve a todo un milagro que ahora contado a nuestro modo y en nuestro tiempo parece casi una irreverencia: Tenía un señor un asno casi inútil de las patas por lo que pensaba deshacerse de él sacrificándolo para aprovechar la piel. Al pasar un día ante el santuario de la Virgen de Terena curó de su mal y se supo que fué por intercesión mariana, porque por tres veces vieron ir al pollino al santuario de Terena y con gran humildad postrarse ante el altar y después regresar a casa de su amo:

«Tant' é grand' a sa mercée
da Virgen, et sa bondade,
que, se quer, nas beschas mudas
demostra sa piãdade».

No son solo males de rabia y endemoniados los casos milagrosos de la Virgen de Terena, hay también otros muchos que son ejemplares castigos como el de aquel clérigo que por decir falsedades y amenazar a sus feligreses con la excomunión se le torció la boca y no curó hasta que la Virgen, al invocarla, quiso hacerle esta merced; otras veces son premios que la Virgen concede a sus fieles devotos como le sucedió a aquel criado de nombre Bartolomé que servía con fidelidad a su amo. En cierta ocasión la mujer de éste que era labrador y se encontraba trabajando en las faenas del campo, le encargó que le llevara un jarro de vino por ella preparado con hierbas venenosas, advirtiéndole que no lo tocase por el camino. Temeroso y desconfiado de que la bebida fuese ponzoñosa la probó para precaver a su amo. Pronto sintió los efectos del brevaaje y murió. Llevado a la iglesia de Terena la Virgen le devolvió la vida.

La curación de tullidos es también muy frecuente. Otra vez Nuestra Señora de Terena sanó a un hombre contrahecho que andaba en una carreta desde hacía 25 años.

Vivía en Beja un almorarife del Rey con su esposa. Eran felices, únicamente les entristecía el no tener ningún hijo. Por fin su mujer quedó preñada y su alegría fué inmensa, pero poco duradera, pues parió una niña con un brazo contrahecho. Ya tenía la hija un año cuando llegó a oídos de sus padres el poder milagroso de la imagen de Terena, por ello determinaron llevar a la enferma a este santuario. Salieron de Beja y hacia allí se encaminaron, pero antes de llegar murió la niña. No desistieron de su peregrinación con el propósito de enterrarla en el cementerio de aquella iglesia. Antes manda-

ron cantar una misa *in corpore insepulto*. Cuando se estaba celebrando, resucitó la muerta y los romeros al levantar la mortaja que la cubría vieron su miembro dañado completamente normal y sano.

Es una lástima que el santuario de Terena fuera destruido; nos imaginamos el altar y sus alrededores adornados de exvotos, que pregonarían los peregrinos milagros de la Virgen; habría hierros de cautivos en abundancia, reliquias y amuletos recordando el milagro, reproducciones de miembros, símbolos de la parte dañada que curó la intercesión milagrosa de la Virgen. Hoy nos contentamos con las Cantigas del Rey Sabio que perduran, con su inmortalidad, el poder milagroso de estos santuarios extremeños de Telen y Tenuidia.

ENRIQUE SEGURA COVARSI

AVISOS

Sacar a relucir el aspecto cómico de lo que otros hacen y dicen, puede ser fruto de inconfesable envidia.

No hables de tus cuitas a quien no se interesa en ellas: poco remedio hallarás en la ajena indiferencia.

El que ocupa un cargo y se afana por darse a conocer, confiesa sus pocos merecimientos y desconfía del fruto de su labor.

Los libros han de ser manjar de la inteligencia, no cansancio de ojos, ladrones de tiempo, juegos de artificio, ni adornos de escapates. Les da valor la sustancia, no la corpulencia fofa de una erudita hojarasca.

La complacencia para con los demás es gala del buen vivir, cuando no va en detrimento de la razón y del recto proceder, en cuyo servicio nunca es la entereza excesiva.

El alarde constante de ingenio festivo acusa frivolidad y falta de equilibrio, pero la sutil y estudiada compostura indica vida engañosa y llena de artificio.

La llaneza en el hacer y el decir es fruto de un natural generoso, asiduamente cultivado.

«PRUDENS»

TRÓPICO

I

CIUDAD INOLVIDABLE

Te recuerdo ciudad en islas antillanas.
Ciudad de los palmares, del bambú, mango y yarey,
bienoliente a anoncillo, a grosella y bananas,
a plátanos y a piñas, quimbombo, yuca y mamey.

Te recuerdo ciudad de criollas bronceas,
de mulatos y ñañigos y «panchas» coloniales,
de negras «negro de ébano». ¡Bellezas apolíneas
ungidas con aceites de cocos ancestrales!

Te recuerdo ciudad del catey y del cocuyo,
llamarada en la espesa noche del manigual,
inextricable selva sonora del murmullo
de la exótica flora tóxica y tropical.

Te recuerdo ciudad encintada de bohíos
ingenios y trapiches. cafetales, potrereros,
con tus palmares reales orillando los ríos,
tus helechos y lianas, baobas y bananeros.

Te recuerdo ciudad de la azul ensenada
refugio de goletas con dotaciones chinas,
de brick-barcas corsarios vendiendo en la arribada
cargamentos de esclavos y hetairas filipinas.

Te recuerdo ciudad con tu música ambigua
de arístón y marimbas. ¡Guajiras y danzones
cantadas por mestizos con un aire de antigua
canción peninsular llena de evocaciones!

Te recuerdo ciudad de faustos coloniales
de ascendientes incaicos y abuelos tlazcaltecas,
con tus loros gregarios y tus pavones reales
tus monos lujuriosos y tus indios toltecas.

Y recuerdo ciudad tus vegas de tabaco
con sus hojas morenas de un aroma enervante,
tus negros cimarrones comedores de ajíaco
y el obsceno danzón de la negra obsedante.